

Colecc. LR Beltrán  
PP-AIII-004

Luis Ramiro Beltrán, Premio McLuhan de la Comunicación

# "Todo... todo se lo debo a mi madre"

Hace dos años, el investigador boliviano Luis Ramiro Beltrán Salmón obtenía para Bolivia el Primer Premio mundial de la Comunicación, instituido por el gobierno de Canadá y la Oficina de la UNESCO. Premiaban así una labor infatigable de nuestro compatriota, en el desarrollo de las comunicaciones y el talento con que supo inspirar conceptos para un nuevo orden informativo y políticas eficaces de comunicación. El 7 de noviembre se cumplirán dos años de ese gran acontecimiento para nuestro país. Con este motivo, entregamos al Dr. Luis Ramiro Beltrán un cuestionario que respondió del siguiente modo:

Aprecio mucho la bondad de "PRESENCIA" al brindarme esta oportunidad de reiterar públicamente mi mayor reconocimiento a las personas e instituciones de Bolivia que propiciaron mi candidatura al Premio Mundial McLuhan de Comunicación y que me colmaron de congratulaciones, agasajos y honores por haberlo ganado. Al cumplirse dos años de la primera entrega de dicho galardón, renuevo mi regocijo por haber obtenido un bien espiritual que, a los ojos de muchos nobles amigos, no se limita a distinguirme sino que honra a Bolivia toda. Si ello es en efecto así, me da mucha felicidad pues nuestra patria está muy necesitada de victorias y satisfacciones y resulta reconfortante haber podido brindarle una.

En la imposibilidad de enumerar a todas las personas e instituciones arriba mencionadas, explicando eucuanamente sus respectivas intervenciones, me privo de dar nombres individuales y ruego a "PRESENCIA" destacar por lo menos mi profunda gratitud a grupos o sectores. En primer lugar, al conjunto de instituciones de co-

municación, ciencia y cultura que propició mi candidatura por medio de la Comisión Nacional de Cooperación para la Unesco bajo el dinámico influjo de nobles promotores. Luego, a los medios de comunicación que se hicieron eco de tal iniciativa y que más tarde comentarían y divulgarían el éxito con generosa amplitud. A las entidades que me confirieron elevadas distinciones y a las personas y grupos que me brindaron gentiles agasajos. Y al comité de voluntarios que organizó las celebraciones. A todos ellos mi más expresivo e indeleble agradecimiento.

- ¿Alguien en particular?

- Para no correr el riesgo de caer en omisiones injustas, sólo mencionaré por nombre a una persona que no participó ni de la promoción ni de la celebración, pero que ha tenido, desde siempre, muchísimo que ver con el McLuhan y con el Cóndor. Me refiero a mi madre, doña Bethsabé Salmon viuda de Beltrán. Todo... Todo lo debo a ella. Sin ella - sin la guía, amparo e impulso que con talento, amor y sacrificio me brindó toda mi vida - nunca habría llegado hasta donde Dios ha querido que llegue.

- ¿Cómo y cuándo se enteró de haber ganado el premio?

- A primera hora del sábado 5 de noviembre de 1983 entré a mi casa, en Bogotá, entonces, una llamada de Bolivia. "Soy Cristina Mejía, del Ministerio de Educación", dijo la amable voz y agregó: "Le llamo para tener el placer de informarle que ha sido usted escogido primer ganador del Premio McLuhan-Teleglobe del Canadá". Y antes de que yo pudiera atinar a pronunciar palabra alguna, la gentil funcionaria dijo además: "Lo felicito en nombre de la Comisión Nacional de Bolivia para Cooperación con la Unesco".

La maravillosa revelación me dejó sin habla por unos segundos y luego me puse, me temo, a dar voces. Agradecí efusivamente la noticia a la señorita Mejía y me brotó un emocionado ¡Viva Bolivia!

Colgué y corrí a despertar a mi madre, doña Bethsabé Salmon viuda de Beltrán. Abrazados celebramos la fortuna con bullicio que sorprendió a las empleadas. Doña Becha no pudo contener un llanto de felicidad y rezó en acción de gracias. Recostado a sus pies, yo no podía creer lo sucedido.

- ¿Cuándo se dio a conocer la noticia pública y oficialmente?

- Tuvimos que guardarle en secreto todo ese fin de semana pese a nuestra natural ansiedad de compartirla. La única excepción fue el aviso confidencial a dos amigas íntimas: Patricia Anzola, propiciadora de la postulación paralela por la Comisión de Colombia para la Unesco, y Nohora Olaya, mi leal colaboradora de muchos años.

Se me pidió reserva hasta que se produjera el lunes siguiente, 7 de noviembre, el anuncio oficial. Este fue hecho en París, ante una sesión plenaria de la Conferencia General de la Unesco por el Ministro de Relaciones Exteriores del Canadá, Jean-Luc Pepin. El

ofreció seguidamente una conferencia internacional de prensa en la que confirmó el anuncio y dio información sobre el laureado. Tras ello, en demostración espectacular de haber llegado a la era vaticinada por Marshall McLuhan, celebraron una teleconferencia entre Francia y Canadá dos altos funcionarios canadienses. Conectados directamente por la magia de la televisión vía satélite, dialogaron sobre el otorgamiento del premio el Alcalde de Montreal y Jean Claude Delorme, Presidente de Teleglobe Canadá, la empresa autónoma estatal de comunicaciones de ese país que instituyó el premio, en conjunción con la Comisión Nacional del Canadá para Cooperación con la Unesco, y lo financió. Todo ello en memoria del audaz filósofo canadiense de la comunicación Marshall McLuhan.

Al mismo tiempo la Comisión Nacional de Bolivia para Cooperación con la Unesco hacia también el anuncio en La Paz en una conferencia de prensa.

- Entonces, ¿el premio fue otorgado también por la Unesco?

- Nó. El premio fue creado, financiado y concedido exclusivamente por el Canadá. El jurado, integrado por cinco notabilidades de la comunicación y la cultura canadiense, había tomado su decisión en septiembre entre 37 candidatos propuestos por 28 de aquellas comisiones para cooperación con la Unesco. Estos son unos consejos honorarios de especialistas que asesoran a los gobiernos nacionales en sus relaciones de cooperación con la Unesco apoyados por los Ministerios de Educación o de Relaciones Exteriores. No son, pues, dependencias de dicho organismo internacional, el que sólo estuvo representado en el jurado del premio por un observador sin derecho a voto y no contribuyó a la dotación pecuniaria del galardón ni compartió los gastos relacionados con su preparación, anuncio y entrega. A pedido de la comisión cofundadora del premio, la canadiense, aquellas 28 comisiones de diversos países del mundo habían funcionado como el canal único para convocatoria y envío de can-

didaturas. Y la boliviana cumplió, esta vez además el papel de comunicar en privado la decisión al primer ganador del flamante premio bial y en público a los medios de información del país.

- ¿Qué ocurrió después del anuncio?

- Una avalancha de congratulaciones, comenzando por las de las propias autoridades canadienses, pasando por telefonazos, visitas, flores y agasajos en Bogotá, y culminando en la llegada de telex, cables, cartas y esquelas de Bolivia y desde otros países. La primera felicitación que me llegó de la patria fue la de mi gran amigo Ramiro Cisneros, seguida de la que firmaba el Ministro de Información, colega Mario Rueda Peña, en nombre del Gobierno. Por la noche del martes 8 de noviembre, respondiendo a una llamada en que Raúl Rivadeneira me anticipó las congratulaciones de los directores y redactores de "PRESENCIA", recuerdo haber dicho: "Este triunfo mío es un galardón para mi patria... Quiero decirles a mis compatriotas que nunca como ahora me había sentido tan boliviano y tan orgulloso de serlo..." A su vez, mi madre diría al periodista bogotano Carlos Chica: "Es algo tan grande y hermoso en nuestra vida que no atino ni a expresar mi felicidad en este momento. Felicidad para nosotros y para nuestro adorador país. Sólo sé arrojarme ante Dios para darle gracias con toda el alma".

Un afán primordial de aquel noviembre inolvidable fue responder a los mensajes congratulatorios que en pocos días habían pasado de 200. Además yo envié algunos saludos especiales a quienes en Bolivia y en el exterior, guardaba gratitud como a mentores que hicieron posible mi carrera. Por ejemplo, el periodista Enrique Miralles en Oruro y el cineasta Jorge Ruiz de La Paz, el ingeniero Amando Samper en Colombia y el Ministro Claudio Volio en Costa Rica, respectivamente. O, entre otros, mis profesores norteamericanos David Berlo, Everett Rogers, Florence Thomason y Frank Shideler.

- ¿Cuál fue su programa en Canadá?

- He pasado casi toda mi vida viajando de un país a otro. Pero este viaje a Canadá fue el más grato de todos. Y, al mismo tiempo, resultó doloroso para mí porque mi madre no pudo acompañarme a la entrega del premio. Desde que sufriera, dos años y medio antes una trombosis, en Bogotá al volver de La Paz, no se atrevió más a bajar de Bogotá a ninguna parte para regresar a ella corriendo el riesgo de un nuevo problema vascular. Tuve así el pesar inmenso de que ella no iría a estar físicamente a mi lado en el momento de recibir el premio. Pero espiritualmente estaría más presente que nunca en mí. Así lo sentí pues estuve consciente de que jamás habría obtenido tan alto galardón de no ser por ella.

Entre al país por Mon-

recibir el premio. Esto involucró diversas tareas pero la central fue la preparación del discurso de aceptación. La "tortura de la página en blanco" consumió la mayor parte de dos semanas de vacaciones. Lei bastante, incluyendo por supuesto repasos de McLuhan, y hasta auxiliado generosamente por resúmenes que me hicieron colegas como Patricia Anzola, Amparo Cadavid, Sonia Muñoz y Guillermo Isaza. Harto escribí en vano. Nada me satisfacía plenamente; botaba página tras página mientras el tiempo se acordaba inexorablemente. Podría decirse mucho pero sólo había que decir lo esencial en pocas páginas para una presentación de apenas 18 minutos. Me sentí abrumado ante una responsabilidad tan grande y delicada. Frustrado, dejé de escribir muchas horas. Además, comencé a escribir en español pero, viendo que restaba poco margen para la traducción, salté al inglés. Como si ello no bastara, tenía que alistar dos conferencias, una a pronunciarse en Toronto -la ciudad de McLuhan- y la otra en París, como parte del programa de la premiación.

En fin, aquel fue un tiempo de excitación, y, por momentos, de angustia. De temor por no atinar a decir lo que había que decir en el día más grande de mi vida. Una vez más, mi madre vino a mi rescate. Con paciencia y perseverancia, ella me dio ánimos y buen consejo, restituyendo en mí la serenidad y la confianza indispensables para salir adelante en el gran compromiso que se me avecinaba.

- ¿Cómo fue la ceremonia de entrega?

- Impresionante, en muchos sentidos, comenzando por el recinto: el palacio residencial del Gobernador General del Canadá, el señor Edward Schreyer. Había unas 400 personas en el suntuoso "Rideau Hall", todas ellas altas personalidades de la política, la cultura y la diplomacia. Y, en sitio de preferencia, la familia de Marshall McLuhan, a la que me agradó conocer. Me situaron junto a ella en compañía de Gizelle de Arellano, dama canadiense casada con mi amigo boliviano de la infancia, Ronald Arellano, a la que mi madre había pedido asistir en su representación.

Entre al país por Mon-

treal el 3 de diciembre de 1983. Desde ese instante no se separó de mí hasta el final en Europa, el coordinador de mi programa por la Comisión, Daniel Jutras, quien se hizo cargo de todo.

Entre el 4 y el 6, bajo tupida nevada, tuve una serie de reuniones y entrevistas. Un almuerzo con los dirigentes de la Comisión Nacional para Cooperación con la Unesco. Una cena con los miembros del jurado que me había elegido. Visita al Departamento de Comunicación de la Universidad de Ottawa. Entrevistas preliminares de radio, televisión y prensa, en fin...

Tuve un sobresalto en esa víspera. Me pidieron reducir mi discurso de 18 a 12 minutos, pues resultó que el Gobernador General del Canadá, de cuyas manos recibiría el premio, tenía que inaugurar las sesiones del Parlamento casi al mismo tiempo el propio día 7 y eso obligaba a abreviar la ceremonia un poco. Casi amanecí pegado a la máquina en el hotel para lograr semejante hazaña de última hora.

- ¿Cómo fue la ceremonia de entrega?

- Impresionante, en muchos sentidos, comenzando por el recinto: el palacio residencial del Gobernador General del Canadá, el señor Edward Schreyer. Había unas 400 personas en el suntuoso "Rideau Hall", todas ellas altas personalidades de la política, la cultura y la diplomacia. Y, en sitio de preferencia, la familia de Marshall McLuhan, a la que me agradó conocer. Me situaron junto a ella en compañía de Gizelle de Arellano, dama canadiense casada con mi amigo boliviano de la infancia, Ronald Arellano, a la que mi madre había pedido asistir en su representación.

Al anuncio de la maestra de ceremonias, una famosa presentadora de televisión, ingresaron al salón el Gobernador y su esposa, seguidos de un edecán que llevó el premio hasta el estrado. Hubo cuatro discursos antes del mío. Dos de los patrocinadores del premio, señores Vianney Décarie y Jean-Claude Delorme, y uno del Subdirector General de la Unesco para Comunicación, Gerard Bolla. El cuarto causó sensación pues fue pronunciado "en vivo y en directo" en una inmensa pantalla desde Kuala Lumpur Malasia, gracias a la magia de la televisión, por satélite, por el Director General de la Unión Internacional de Te-



Luis Ramiro Beltrán y su señora madre, Doña Bethsabé Salmón viuda de Beltrán. El Premio McLuhan de la Comunicación rememora ese galardón conseguido para Bolivia y declara "Todo... todo se lo debo a mi madre".

gente, estaban para especial complacencia mía cuatro entrañables amigas que habían viajado hasta allá especialmente para acompañarme en este instante: mi comadre boliviana Rosario Sarmiento de Calzadilla, mi amiga de tiempos colegiales en La Paz Teresa Urquiola, mi colega colombiana Patricia Anzola y mi amiga de la misma nacionalidad Nohora Olaya. Estaban también una dama boliviana residente en Ottawa, la poetisa y novelista, doña Olga Bruzone de Bloch. Todas ellas me acompañaron en el banquete para 200 personas que luego se ofreció en mi honor en un antiguo castillo convertido en hotel, el Chateau Lorie.

Vendrían luego una visita a la tumba de McLuhan en las afueras de Toronto bajo la nieve, más conferencias y agasajos allá y en Montreal, donde además fui recibido por el Alcalde. Y para dar un toque final a todo esto que viví sintiéndome en un cuento de hadas -al salir de Montreal residentes bolivianos me sorprendieron con un agasajo en que apareció nada menos que una "Diablada de Oruro". ¿Cómo olvidar tanta maravilla?

imborrable encontré consuelo a mi tribulación por su ausencia del ensueño de Ottawa.

Deseo reiterar ahora al generoso ex-mandatario el mayor de mis reconocimientos por haberme otorgado el majestuoso galardón con el que nunca había soñado.

- ¿Qué recuerda más de las celebraciones en Bolivia?

- Se me hace imposible escoger algo y dejar lo demás por fuera. Es que todo fue realmente maravilloso durante mi visita de febrero del 84 a La Paz y Oruro. Gracias a la diligencia de amigos como Nazario Tirado, Jaime Cusicanqui, Ulla Wesner, Joaquín Elías y Enrique Miralles, aquello fue un jubileo.

Las altas distinciones que se me dispensaron, como las medallas prefectural, municipal y universitaria de Oruro y los doctorados honorarios de la Universidad Católica de La Paz y de la Universidad Técnica de Oruro -me colmaron de honra y gratitud. Las bondades y distinciones que me brindaron todas las principales agrupaciones orureñas son también inolvidables. El solemne acto público en la Casa de la Cultura...



El Gobernador General del Canadá, Edward Schreyer, entregó, hace dos años, el Premio McLuhan al investigador boliviano Luis Ramiro Beltrán, en reconocimiento mundial a su vasta labor en beneficio del desarrollo de las comunicaciones.



General de la Unión Internacional de Telecomunicaciones, el australiano Richard Butler. Al término de su discurso, Butler firmó una carta en que me reiteraba su congratulación y la metió en una suerte de buzón. A los pocos segundos, el telefacsimil salió por otro buzón allá en el salón de Ottawa y me fue entregado por el señor Delorme en medio del asombro general! Se demostraba así la viabilidad del sueño macluhiano de la "aldea global".

Eran exactamente las 12 del día cuando el Gobernador me pidió avanzar a la testera y entregó, con un abrazo, la joya y el cheque del premio. Pronuncié entonces mi discurso de aceptación y agradecimiento. Tras los aplausos, vendrían los abrazos en otro salón y la copia de champán. Para privilegio mío, el propio Primer Ministro, Pierre Trudeau estuvo presente; sencillo y cordial, me congratuló en un español impecable. Y allí, entre tanta

ravilla?

- ¿Y el "Cóndor de los Andes"?

- En aquel prodigioso fin de año del 83 mi vida pasó de asombro en asombro. En vísperas de salir hacia Canadá, una noticia de "PRESENCIA" me alertó sobre algo tan inesperado y hermoso: la máxima condecoración de nuestra patria. Un premio había traído a otro no menos maravilloso.

Recibí nuestro "Cóndor" apenas regresado, el 19 de diciembre, en la hospitalaria residencia de la Embajadora de Colombia en Bolivia, doña Lidia Guellet, de manos del Canciller de Bolivia, don José Ortiz. Tuve la fortuna de honrarme con la presencia del Presidente de Bolivia, doctor Hernán Siles Zuazo y del Presidente de Colombia, doctor Belisario Betancur, además de ministros y diplomáticos. Y tuve la dicha inmensa de contar, esta vez sí, con la compañía de mi madre. En el brillo jubiloso de sus ojos en aquella noche

vidables. El solemne acto público en la Casa de la Cultura, las sesiones en la Asociación de Periodistas y en la Academia de Ciencia, las visitas a mis colegios de infancia y adolescencia El Alemán de Oruro y el Americano de La Paz), el reencuentro con mi diario orureño, La Patria, y la radio San Gabriel en La Paz, el gran agasajo en el Club de la Unión, el homenaje de los comunicadores rurales y radialistas aimaras, en fin, un conjunto esplendoroso de hondas emociones. Y hasta en las calles el conmovedor abrazo no sólo de viejos amigos sino de amables desconocidos.

Todo ello me hizo sentir a plenitud no sólo la calidez que caracteriza a Bolivia sino el hecho hermoso de que el premio mundial - como yo lo apeteciera - se había convertido de lauro personal en patrimonio colectivo, en victoria de todos los bolivianos. Como yo se lo ofreciera desde el primer instante a mi admirable pueblo, esta comprobación me hizo sentir gran regocijo.